rodillas ante usted, lo que sea dicho entre paréntesis, me vendria muy mal, porque las rocas de este *Pedregal* son durísimas.

Guadalupe se volvió á sonreir.

—Si me oyera Martinez, me espabilaba de un reves; la fortuna es que duerme como un bienaventurado.

El teniente coronel hizo un movimiento que indicaba que pronto despertaria.

—¡Cáscaras! esclamó don Serafin, si me habrá escuchado?

—No tema usted, dijo Guadalupe, sé lo que valen las galanterías y le agradezco á usted su afecto.

—Como que es grande, señorita; si alguna vez necesita usted de mí, no hay mas que decir: "esto quiero" y será cumplido al pie de la letra.

—Le tomo á usted la palabra.

—La mano, dijo don Serafin.

La jóven tendió la suya, torneada y bellísima como la de la Venus de Praxíteles, y oprimió la de don Serafin.

VII.

El crepúsculo habia tendido sus sombras en el valle, cubriendo con una gasa oscura la ciudad de México, que se dibujaba á lo lejos con sus torres y sus edificios como una línea blanca en el fondo del horizonte.

Algunas luces comenzaban á brillar en las casas de Tlalpam, y por las rasgadas ventanas de la fábrica, salian los rayos de esa luz purísima del gas que alumbraba el establecimiento.

El aire se habia levantado, y murmuraba en las hojas de las ramas y los arbustos.

Por las veredas del *Pedregal* se oian los pasos de algun transeunte que bajaba á San Agustin.

Todo estaba perfectamente tranquilo.

Pablo Martinez bajó por esa cuesta que conduce de la fábrica á la ciudad: se detuvo en una casita construida en uno de los callejones, dejó allí á su hermana y compañeros, y se dirigió á la prefectura, donde el general O'Horan tenia abierto su despacho.

VIII.

El prefecto de Tlalpam estaba á su bufete, y tramiteaba los espedientes con despejo y habilidad.

Los reos que le eran presentados estaban confusos y temblando en su presencia.

De aquellos labios no se desprendia nunca una palabra de perdon. Si ponia en libertad á algun desgraciado, era diciéndole mil insolencias y haciéndole advertencias terribles.

El secretario estaba pendiente de sus indicaciones, y no osaba aventurar una sola pregunta, aunque tuviese duda sobre los negocios.

El despacho habia terminado.

El secretario salió á la pieza inmediata, y preguntó si álguien queria hablar al señor prefecto.

Adelantóse Martinez, penetró resuelto en el despacho de O'Horan, y cerró la puerta de comunicacion.

IX.

El general levantó la cabeza y se encontró frente á frente del guerrillero.

O'Horan comprendió que estaba perdido, y no intentó llamar en su auxilio, sino que esperó sereno el choque de su enemigo.

—Ah! dijo, es usted, Martinez?

—Sí, respondió friamente el guerrillero.

—Se espone usted demasiado al andar en estos terrenos.

—No tanto, contestó Pablo Martinez; ya nos conocemos, señor general, hemos militado juntos en la revolucion progresista, y los dos sabemos á qué atenermos.

O'Horan se tranquilizó.

—¿Luego viene usted como un amigo?

—Sí, general, como un amigo que necesita de los servicios de su antiguo compañero.

—Estoy completamente á las órdenes de usted.

—Sin reserva, general?

—Sin reserva y bajo mi palabra de honor.

—Lo de siempre, dijo para sí el guerrillero.

—Hable usted, que deseo servirlo.

—Pues bien; yo necesito llevar á una muger á México, y volver á salir sin que se me interrumpa el paso.

—Si eso es todo, es negocio concluido. Llevará usted pasaporte, é irá como un enviado mio á dejar unos pliegos urgentes á la comandancia francesa.

—Las cartas de Urías, pensó Martinez.

—Mi carretela va á conducir á usted al momento.

—Acepto.

O'Horan tocó la campanilla, ordenando que se pusiese inmediatamente el carruaje, y entregó los pliegos á Pablo Martinez.

—Qué tal va de imperio? preguntó el guerrillero.

—Muy mal, la revolucion se viene encima, y todo está de los diablos.

—Yo le aconsejo á usted que no se vaya muy de brusas, porque se compromete terriblemente.

—Mi posicion es angustiosa, le debo favores personales al emperador.

—Qué emperador? preguntó con sorna Pablo Martinez.

O'Horan continuó:

—Por un lado mis amigos y partidarios, y por otro mis deberes, que son sagrados. No hago mas que cumplir las órdenes, y cargo toda la responsabilidad de hechos en los cuales no tomo parte sino como ejecutor.

—Es mal papel.

—Creo que la revolucion me necesitará, y espero el momento de abrazar mi antigua bandera.

—Hay muchos agraviados.

—Serán fáciles de contentar. Yo probaré, esponiendo mi vida, mis proyectos al adherirme al imperio, que no son otros que los de servir á la República.

—Y tanto fusilado, general?

—Los franceses, Pablo Martinez, los franceses á quienes no podemos contrariar.

—Ya sabemos que ellos son los dueños de la situacion, y que mandan á ese hombre que ustedes le dicen emperador.

—El mariscal es el todo del gobierno.

—Sí, dijo Martinez; es el tutor de ese señor soberano que está á las órdenes de Napoleon, segun me han dicho mis gefes.

—Es verdad.

—Pues decídase usted á venirse con nosotros; todavía es tiempo, y acaso mañana será tarde.

—Mucho lo temo; sé que voy por una pendiente resbaladiza que va á parar á un abismo.

—Hay mucha gente levantada, dijo el guerrillero; estamos como en tiempo de la reforma.

—Aun no se sabe definitivamente la retirada del ejército frances.

—Pero sí se sabe que no vendrán mas, y á estos los acabamos de uno en uno, en eso no hay duda.

—Vienen á reforzar el ejército mexicano siete mil austriacos.

El guerrillero soltó una franca carcajada.

—Esos señores de las plumas ya no pelean, están atemorizados y corren á las primeras descargas; en Zitácuaro tenemos muchos prisioneros, todos ellos se han dedicado á la cocina, y no guisan mal.

—Voy á escribir al general Riva Palacio; decididamente me marcho á Michoacan.

—No hará usted cosa mejor.

—Iré con usted.

—Nunca mejor acompañado, dijo Martinez, y por su mente atravesó como un relámpago esta idea: "A dos leguas de aquí, lo dejo colgado del primer árbol que encuentre."

Un asistente avisó que el carruaje estaba dispuesto.

Despidióse O'Horan del guerrillero, y éste salió de la prefectura.

X.

Pablo Martinez llegó á la casita, sacó á su hermana, que puso en la carretela, y dijo á don Serafin y á Enrique:

—Muchachos: nosotros á caballo, y llévense de mano el del asistente. Sube tú al pescante, dijo al soldado.

—Señor, la verdad.... la verdad....

—Sube con dos mil diablos!

—Mi teniente coronel, la vamos á pasar mal.

—Que subas, con trescientos mil demonios!

—Vea usted, mi gefe, que....

Dos soberbias patadas aplicadas al asistente, lo hicieron volar sobre el pescante, lleno de un terror pánico.

El asistente tenia razon que le sobraba. Basta saber su nombre para comprenderlo: se llamaba Estanislao Luna.

El carruaje echó á andar por la calzada, escoltado por Martinez y sus dos compañeros.

Salieron de la garita, pasaron las haciendas de Coapan y San Antonio, y llegaron al puente de Churubusco.

Un coronel imperialista que tenia gusto particular en matar á cuanto juarista le venia á las manos, detuvo el carruaje para registrarlo.

—¿A dónde va esa carretela?

—A México, respondió Martinez.

—Y usted quién es?

—Ayudante del general O'Horan.

—Y qué lleva usted?

—Unas comunicaciones urgentes.

—Enséñelas.

—Aquí están.

Martinez presentó los pliegos, que el coronel registró con escrupulosidad, examinando los sellos de la prefectura.

—Bien, dijo, ¿y estos amiguitos?

Enrique y don Serafin temblaron de pies á cabeza.

—Son mis asistentes.

—Y esa muger?

—Es una señorita que el general O'Horan envía á México.

—Está bien, pasen ustedes.

—Ya me la pagarás, dijo Martinez, juro á Dios que esta misma noche te *ceno;* y echó á andar á toda prisa.

Como á distancia de dos leguas de la capital, el carruaje hizo alto.

Estanislao Luna bajó del pescante y montó en su caballo con mas gusto que si se hubiera sacado una lotería de la Habana.

—Muchachos, dijo Pablo Martinez, ustedes me esperan aquí, dentro de dos horas estoy de vuelta si no me atrapan los gabachos.

—Mucho cuidado, dijo Enrique, y estrechó la mano del guerrillero.

Los dos jóvenes se despidieron de Guadalupe.

La noche habia caido negra como un paño de muerto.

XI.

Luego que el guerrillero se despidió de O'Horan, éste se quedó profundamente pensativo: su porvenir era oscuro como un abismo.

Volver al campo republicano, era ir á una muerte segura, ó cuando menos á sufrir humillaciones y vergüenza que acabarian por desesperarlo.

Perder la posicion que guardaba en el imperio le era demasiado sensible toda vez que desconfiaba del triunfo de la república.

Ademas, pensaba en hacerse de una fortuna regular y salir en todo evento del país.

La llegada súbita del guerrillero lo inquietaba en estremo, su vida habia estado expuesta y á la merced de aquel hombre feroz.

Martinez era el único que podia tener tal audacia, como la que acababa de desplegar en esa noche.

Era necesario deshacerse de él á todo trance.

Añadir una víctima mas á tantas sacrificadas, importaba muy poco.

Una sombra mas sobre la conciencia poblada de espectros.

O'Horan luchaba con su destino que lo arrojaba en el camino de la fatalidad.

El desgraciado se fascinó creyendo que la Francia no se alejaría sin salvar á todos los comprometidos en la intervencion.

Soñaba con el establecimiento del imperio y se decidió al fin por conservarse en las filas de Maximiliano.

En uno de aquellos arranques desesperados y cediendo al derecho de propia conservacion, resolvió perder á Pablo Martinez.

Agitó con violencia la campanilla.

El secretario se presentó.

—Que llamen al comandante de la fuerza.

Mientras llamaban al gefe de las armas, O'Horan tomó la pluma y escribió:

"Pasará usted por las armas al guerrillero Martinez, que regresará á las dos de la mañana en un carruaje despues de haber estado en la capital recibiendo órdenes del directorio republicano.

La ejecucion tendrá lugar en la calzada, sin permitir al reo entre en Tlalpam.

El buen servicio del imperio y las exigencias de la moral, imponen el deber de purgar á nuestra sociedad de los bandidos que bajo un pretesto político, llenan de terror las poblaciones, entregándose á excesos que rechaza el buen juicio de la nacion.

Esta prefectura tiene todos los antecedentes que denuncian á Martinez como á ladron y asesino."

El gefe de las armas se presentó en el despacho.

—Cúmpla usted estrictamente, y bajo su mas estrecha responsabilidad, lo que se le previene en esa órden, y mañana me da usted cuenta.

—Está muy bien, mi general.

—Es necesario concluir, dijo O'Horan; y se retiró tranquilamente á su casa donde reinaba una grande hilaridad en la tertulia.

CAPITULO QUINTO.

EL PADRE Y LA HIJA.

I.

Don Alfonso Rodriguez amába á su hija con una ternura inmensa.

Ya hemos dicho que la madre de Clara habia muerto al darla á luz, y que el afligido padre concentrába todo su cariño en aquel fruto hermoso de un enlace desgraciado.

Don Alfonso se propuso desde el dia fatal en que perdió á su esposa, no contraer otro matrimonio y sacrificarse en aras del porvenir de su hija.

Clara habia crecido bajo aquella sombra protectora, y desde sus primeros años ejercia un dominio absoluto en el ánimo de su padre.

Clara no habia tenido jamas un novio, aunque una nube de pretendientes la tenia sitiada de continuo.

Clara resistia aquella guerra implacable que no habia rendido sus banderas.

Llegó la vez en que su corazon sintió el fuego abrasador de sus primeras impresiones.

III.

Desgraciadamente la jóven se habia fijado en uno de esos oficiales aventureros acostumbrados á jugar en una aventura el porvenir de una muger.

Clara amaba con pasion al comandante Demuriez y se sentia enloquecer solo al recuerdo de ese hombre.